

# Objetos parciales, objetos totales, o el psicoanalista trabajando

Florence Guignard\*

## Introducción: La transferencia en el niño

Llevó tiempo para que los psicoanalistas vencieran sus resistencias y aceptaran la evidencia de la transferencia en el niño. Ana Freud es el ejemplo más elocuente del camino recorrido en esta cuestión: en 1927<sup>(1)</sup> negaba la existencia de la transferencia del niño, argumentando la dependencia del mismo con respecto a sus padres reales; en 1965<sup>(2)</sup> recomendaba el análisis de tal transferencia. Actualmente, más allá de sus opciones teóricas, todos los que aplican el método analítico en el tratamiento de los niños están de acuerdo en reconocer la presencia y la intensidad de la transferencia en el niño. Sin embargo, las defensas contra este aspecto de la realidad psíquica infantil no han sido vencidas por ello. Esto no es para nada asombroso: si todo el *corpus* teórico del psicoanálisis se refiere al descubrimiento de la sexualidad infantil<sup>(3)</sup> y del Complejo de Edipo,<sup>(4)</sup> se sabe asimismo que el conjunto de las defensas psíquicas, tanto primarias como secundarias, apunta a rechazar ese escándalo revelado por Freud.

En realidad, el hecho mismo de la muy precoz constitución de ese primer mecanismo de defensa que es el *desplazamiento*,<sup>(5)</sup> el *infans*<sup>(6)</sup> inviste desde muy temprano a un objeto nuevo “no fusional”, podría decirse –e instala así el boceto de una red triangular de relaciones. Sobre esta adquisición –que brindará ulteriormente al niño acceso a la problemática edípica– se funda todo el primer desarrollo psíquico, especialmente los prolegómenos del lenguaje y de la capacidad de simbolizar.

A menudo camuflada por reacciones fóbicas, la transferencia de un niño es a la vez intensa y extremadamente polimorfa. Al ser la excitación pulsional favorecida por la situación analítica, la expresión de la transferencia, tanto positiva como negativa, se traducirá esencialmente por una actividad que puede transformarse rápidamente en un *acting in*, e inclusive en un *acting out*, cada vez que el niño no soporta la significación

---

\* Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de París.  
Square d'Orléans - Pavillon 7, rue Taitbout. 75009 Paris.  
E-mail: FLOGUI@aol.com

del juego, el dibujo o el diálogo. El analista intentará entonces vanamente reducir esa excitación por medio de interpretaciones del contenido simbólico ya que el niño se defiende precisamente contra la significación del material de la sesión evacuando esta significación por medio de la motricidad. Habrá entonces que comprender cuáles son las razones transfero-contratransferenciales de esta evacuación del sentido por parte del niño. En efecto, por una parte, las capacidades de investimento del pensamiento verbal están aún limitadas en él y, por otra parte, la severidad de su Superyo le prohíbe muy a menudo la expresión afectiva de la angustia. Por lo tanto, no queda a ésta otra salida más que la motriz, favorecida en gran medida por la situación de juego.

Sin embargo, el juego constituye de igual modo un espacio intermediario privilegiado en el cual la actividad psíquica del psicoanalista permitirá al niño efectuar la *transformación*<sup>(7)</sup> de sus descargas motrices evacuatorias de sentido en una “puesta en escena” de sus conflictos intrapsíquicos.

### **Hipótesis personales sobre la naturaleza del segundo objeto de investimento pulsional del *infans***

Describí los dos primeros espacios de la vida psíquica utilizando las palabras “maternal primario” y “femenino primario”.<sup>(8)</sup> El espacio de lo “femenino” primario está constituido por la relación que se establece, a partir del momento mismo del nacimiento o tal vez hasta antes inclusive, entre el mecanismo de identificación proyectiva del *infans* y el que la madre pone en funcionamiento en su “capacidad de *rêverie*”.<sup>(9)</sup> El espacio de lo “femenino” primario cubre la descripción realizada por Melanie Klein, de una “fase femenina primaria en los niños de ambos sexos”.<sup>(10)</sup> En el curso de esta fase, la influencia de las pulsiones sexuales se desarrollaría de manera importante, y el *infans* se identificaría con el deseo de la madre por el padre y su pene. Esta identificación con el deseo femenino aumentaría considerablemente las capacidades de introyección del *infans*. Desde el punto de vista de la psicopatología, el punto de fijación de la homosexualidad masculina se constituiría durante la “fase femenina primaria”.

Melanie Klein<sup>(11)</sup> y D.W. Winnicott<sup>(12)</sup> convencieron a varios autores franceses sobre la precocidad de una triangulación en el niño. R. Diatkine y J. Simón<sup>(13)</sup> ven en ello una consecuencia del clivaje precoz del objeto y subrayan la complejidad de las relaciones de objeto y de las identificaciones que se formarán en el segundo semestre de la vida

psíquica del bebé, con la madre por una parte, y “...la no madre... que deberá poder también ser un sustituto de la madre”, por otra parte.

Mi hipótesis personal es que, en la medida en que este segundo objeto –paterno– no se forme en el mismo *tiempo psíquico* que el primero –materno–, su *historia psíquica* en la organización infantil no será jamás superponible o reducible a la historia del primer objeto. En efecto, la formación de este segundo objeto surge del conflicto doloroso que vive el *infans*, conflicto entre su amor y su odio por una madre que escapa a su dominio y que, como escriben poéticamente D. Braunschweig y M. Fain<sup>(14)</sup> “...vuelve a tomar el narcisismo de su hijo para maquillarse”, es decir, para reconquistar a su pareja. Tomado dentro de la elaboración del duelo del objeto materno propio de la elaboración de *Aposición depresiva*,<sup>(15)</sup> el *infans* posee introyecciones insuficientes para dirigir su búsqueda pulsional hacia *otro* objeto, el cual sería tal vez más satisfactorio que el primero.

Las consecuencias de esta hipótesis en la práctica clínica y en la técnica del psicoanalista y, más particularmente del psicoanalista de niños, conciernen a la comprensión y el manejo de la *transferencia*: el cual, estando basado *stricto sensu* sobre el mecanismo psíquico del *desplazamiento*, se origina en la problemática de la *primera pérdida de objeto*, en el primer trabajo de duelo. Este primer trabajo de duelo concierne al objeto materno primario, ese objeto que funda la omnipotencia de su Majestad el Bebé fusionado con él de acuerdo con el *principio pars pro toto*, y que especifica a la relación identificatoria con un objeto parcial. Ahora bien, no se podría emprender este duelo completamente si no se liberara una parte de la energía pulsional del *infans*, que se vuelve así disponible para un nuevo investimento. En efecto, es en la desesperación, la rebelión y la angustia por destruir a ese objeto amado-odiado que se escapa que el *infans* descubrirá la existencia clara y autónoma de una madre a la cual él había considerado, hasta ese punto, como una parte de sí mismo.

Melanie Klein se refiere a este punto del desarrollo psíquico como “el umbral de la posición depresiva”. Sin embargo, es conveniente recordar que, dos años antes de conceptualizar la “posesión depresiva” Melanie Klein había lanzado su hipótesis de “una fase femenina primaria común a los niños de ambos sexos” a propósito del mismo espacio-tiempo del desarrollo psíquico. De acuerdo con mi hipótesis, esta fase constituye igualmente el espacio-tiempo en el cual el *infans* va a percibir la especificidad sexual de cada uno de ambos padres. Se puede pensar que va a entonces a

movilizar la totalidad de las defensas de las cuales dispone con el fin, fundamentalmente, de clivar y negar este nuevo descubrimiento de la sexualidad de una madre que, a pesar de todo, seguirá siendo la vida durante su primer objeto de investimento.

### **Del objeto parcial materno al objeto total paterno**

Dado que surge en un crisol depresivo, el objeto paterno no será solamente el portador de todas las esperanzas que fueron causa de decepción por parte del objeto materno, sino que —pienso— será igualmente percibido y vivido por el *infans* como poseedor de las características de autonomía de un objeto total, y por lo tanto sexuado. De este modo, la fantasía de “padre-objeto-parcial-de-la-madre”, así como la teoría sexual infantil unisex de la “madre-con-pene” no son más, de acuerdo con mi punto de vista, que la expresión de las defensas contra el descubrimiento intolerable de la sexualidad que vincula a los padres en la escena primitiva.

Pienso que, desde los comienzos mismos de la triangulación, el ser humano funciona siempre y simultáneamente dentro del doble registro de las relaciones de objeto parcial y de las relaciones de objeto total. Pero hay que hacer la precisión que la significación de cada uno de estos dos modos de relación no será la misma, dependiendo de si trata de la relación con los objetos maternos o con los objetos paternos internos. Mientras que el pene de un padre-objeto-total estará desde el primer momento investido como un objeto simbolizado, significando al padre, el sexo de la madre suscitará defensas mucho más fuertes y duraderas, entrando en conflicto con la experiencia de la relación fusional con el objeto primario: el seno.

La clínica cotidiana nos ha llevado a poner atención a las configuraciones en las cuales, a causa de que las relaciones con la madre de lo “maternal primario” no habían sido buenas, el niño —y, más tarde, el niño— en—el—adulto — a pesar de este primer desplazamiento, ha investido al objeto paterno introyectado con todas las formas previas de espera dirigidas al primer objeto materno desfalleciente. En estas configuraciones, el niño no está disponible para desarrollar las pulsiones del yo,<sup>(16)</sup> especialmente sus pulsiones epistemofílicas,<sup>(17)</sup> y para descubrir qué hay de nuevo y diferente en este segundo objeto interno. En efecto, el investimento del objeto total paterno amenazaría demasiado directamente a la permanencia de la ligazón primaria con la madre como

para que el pene del padre sea a la vez portador y representante de las pulsiones genitales del *infans*. Se creará entonces una vía regresiva, que permitirá reducir al padre a un objeto maternal parcial en el cual el pene, perdiendo todo su valor simbolizante, va a verse investido como una cuasi-réplica del pezón, y va a ser a la vez portador y representante de las pulsiones orales, intensificadas defensivamente, del *infans*.

De todos modos, e inclusive en el desarrollo de la psiquis normal, el reconocimiento de la madre como objeto total –y por ende sexuado– es mucho más problemático. La experiencia clínica muestra que el investimento del aparato de reproducción de la madre por las pulsiones sexuales del niño es muy aleatorio, tanto desde el punto de vista racional como identificadorio. Testigo insoslayable de las diferencias generacionales, esta instancia, por la cual todos pasamos, es la instancia de un investimento inconsciente considerable. Objeto perdido e irrepresentable, el útero es por excelencia el lugar de las proyecciones de la pulsión de muerte clivada en el momento de la expulsión del nacimiento, tal como lo atestiguan las fantasías originarias.<sup>(18)</sup> Distinto al investimento de la vagina, es portador, en todos los seres humanos, ya sean hombres o mujeres y en todas las edades, del deseo y de la culpabilidad inconsciente de concebir un hijo con la madre. “Edipo se arrancó los ojos para no ver que había concebido hijos con su propia madre. De este modo, más allá del placer prohibido de la penetración vaginal, él había entrado, por medio de su esperma, en el útero mismo del cual había salido. Una vez atravesado ese pasaje que es el cuello del útero, entre el lugar anatómico del goce femenino y el lugar de la reproducción que pertenece a la generación siguiente, transgredió inevitablemente el tabú del incesto con la madre y abolió todas las diferencias entre su generación y la de sus hijos. El incesto consumado concierne al niño que viene en camino, con respecto al cual el padre está entonces en rivalidad fraterna directa, el precio de la abolición de su función paterna.”<sup>(19)</sup>

Con respecto a la vagina, la misma es a la vez portadora y representante de las pulsiones genitales que signan, por medio del advenimiento de la relación de objeto total, la pérdida definitiva de la ilusión fusional con el seno-objeto parcial. De este modo, será el objeto del escándalo que constituye, para el niño, la sexualidad de la madre y, por este hecho, tratado por la negación y el clivaje.

De este modo, el reconocimiento real y duradero, a nivel del PCS, de la madre como objeto total –y por lo tanto sexuado– constituye una asíntota del desarrollo psíquico. Según mi modo de ver las cosas, en esta situación ambigua del sexo de la madre se

enraízan tanto las teorías sexuales del niño que se autopregonan unisex como la teoría metapsicológica del falo.

Además, lo anteriormente mencionado implica, a mi modo de ver, que el pene solo podría ser vivido como objeto parcial favorecido por una confusión regresiva con el pezón o las *heces*. Esta vía regresiva aparece ilustrada por la fantasía regresiva de la “madre fálica”, un conglomerado al cual sería más acertado llamar “seno fálico”, ya que ilustra un compromiso regresivo que aparece *después* del descubrimiento del segundo objeto. A través de este compromiso, el niño rehúsa a la madre la calidad de objeto total. Con el fin de restablecer un estado de identificación narcisista con un objeto parcial idealizado, el niño regresa a una relación de objeto parcial, al tiempo que atribuye al pezón las dimensiones y las cualidades fálicas descubiertas en el padre.

Se podría del mismo modo considerar el mito de la Esfinge desde este ángulo, un conglomerado de características pregenitales destinadas a enmascarar la femineidad deseable y deseosa de la mujer fecundable que el niño no puede colmar. Este último transformará entonces a la madre en un personaje monstruosamente autosuficiente que al mismo tiempo es devorador de carne fresca. La ambigüedad sexual como negación de la diferencia entre los sexos es esencial para el fin buscado, es decir, eliminar la rivalidad genital con el padre por la posesión de la madre, así como los celos fraternos con respecto a los contenidos del cuerpo materno, confusamente figurados bajo una forma condensada de *bebés-in-útero*, de *penes-en-la-vagina*, y de *heces-en-el-ano*. Del mismo modo, la envidia devoradora con respecto a la creatividad sexual de los padres en la escena primitiva estará bajo la tutela de la relación de amor por parte de ambos padres. El niño Edipo pretenderá por añadidura que esta Esfinge de sexo ambivalente haga preguntas terribles y misteriosas –que en realidad son las que él mismo se hace sobre las diferencias generacionales– y que devore cruelmente a todos los que se internan en los parajes de la escena primitiva.

Lo que antecede indica que vamos a descubrir una vivencia edípica en cada niño, inclusive en los muy jóvenes, con la posible excepción de los autistas primarios, para los cuales considero no poseer la capacidad de formular una opinión autorizada.

### **El analista como objeto parcial en la transferencia**

Examinemos ahora en qué medida estos aportes teóricos, surgidos de la práctica psicoanalítica con el niño, pueden ser útiles al análisis de los sujetos adultos.

Primeramente, según mi punto de vista, la dificultad y el interés didáctico del análisis de niños reside en la obligación en la que nos encontramos de hallar el hilo conductor de la transferencia a través de un laberinto de relaciones de objetos parciales y de objetos totales que se entremezclan, se superponen y se oponen sin tregua, en un desorden pregenital defensivo del cual nos corresponde estimular la reorganización, siempre ocasional y temporal, bajo la primacía de lo genital.

Por añadidura, el desintrincamiento frecuente de las pulsiones libidinales y destructoras en el niño hace difícil la distinción entre los ataques por amor y las sumisiones aparentes que disimulan una bomba.

Ahora bien, desde el punto de vista de nuestra contratransferencia, estamos menos preparados para reconocer la relación de objeto parcial en nuestros analizandos adultos, probablemente porque no nos complace para nada que se nos considere como a un objeto de ese tipo. Tenemos buenas razones para ello: en efecto, cada vez que seamos vivenciados como un objeto parcial por un analizando, nos estarán tratando con despotismo y arrogancia, penetrados abiertamente o con una intrusión disimulada, manipulados con violencia y expulsados sin miramientos, con un total desprecio por nuestro devenir.

El objeto parcial está dotado de poderes ilimitados por parte del sujeto, siguiendo la naturaleza desmedida de la omnipotencia infantil. Como tal, se lo considera responsable de lo mejor y de lo peor, del Paraíso y del Infierno. El amor más absoluto, la idealización más aplastante, la posesividad más exigente, la manipulación más insolente, los celos más homicidas, la intrusión más disimulada, la envidia más perniciosa, el desprecio más aplastante, el odio más feroz, el terror más innombrable, son algunos de los afectos que vinculan a un sujeto con sus objetos parciales internos. Lejos estamos de ser siempre capaces de discernir, de expresar con palabras e interpretar la dinámica de sentimientos que nos son tan difíciles de acoger.

Freud ya se había impresionado con “la bella indiferencia de las histéricas”, que parecen ignorar todos los cuidados que se prodigan al objeto de amor, sino de placer. Según mi modo de ver, esta indiferencia está lejos de ser el atributo de una sola categoría nosológica: “bella” en la histérica, se transforma en abiertamente perversa en

otras patologías; marca siempre el prevalecimiento de un modo de relación narcisista de objeto parcial, sobre un modo de relación de objeto total. Sin embargo, todos hemos vivido y sentido ese mundo esencialmente pre y para-verbal; también le hemos temido, a causa de la intensidad pulsional que, en este nivel de la organización del Yo, se empeña constantemente en deshacer los primeros lineamientos de nuestro sentimiento de identidad. En este contexto, el objeto parcial primario –el seno– continúa siendo el único vínculo tanto con nosotros mismos como con el mundo exterior, para mejor y para peor. Su pérdida, sentida como irremediable, nos sumerge en un mundo sin límites espacio-temporales: “Les falta un solo ser y todo está despoblado”, escribió Lamartine. Último amparo contra la muerte psíquica, la rabia y la desesperación tendrán el doble efecto de acelerar la desintegración del vínculo sujeto-objeto y de intentar una recuperación sádica, caníbal (oral), y hasta homicida (anal), en la cual será trabajoso encontrar la libido, que está sin embargo siempre presente.

### **Lo infantil en el psicoanalista**

Cuando nuestra función de analistas nos pone en contacto con esos aspectos de la psiquis de nuestros analizandos, no nos queda ningún margen para maniobrar: es el reino del “todo o nada”.

“Todo”, en el caso de los niños muy pequeños o muy enfermos, es el aumento de la excitación imposible de dominar. En el caso de los adolescentes o de los adultos erotómanos y/o violentos, esta excitación puede hacer peligrar tanto al analizando como al analista. En todos los casos, el analista se verá confrontado con la tentación de utilizar con fines defensivos su arma principal, la interpretación. Se arriesga entonces a ver surgir en su mente pseudointerpretaciones asesinas, una reacción perniciosa a los ataques que no consigue “enjuagar” con serenidad.

“Nada”, es el “gel” de la situación analítica en una sideración narcisista de los dos protagonistas, el uno espiando al otro intentando escapar a la relación de objeto. Un ronroneo insoportable, e inclusive un silencio pesado, acompañado de una molestia compartida y perceptible especialmente en los movimientos que acompañan el comienzo y el fin de las sesiones, son otros tantos testimonios de una inhibición que tomó insidiosamente el lugar de una relación viva.

¿Qué ocurrió entonces? ¿Por qué, sobre todo, el analista no logra reintroducir la dinámica edípica y la sexualidad en la situación? Creo que esta sideración de la relación analítica, típica de la mentalidad de grupo que prevalece en el período de latencia, testimonia un encierro de la pareja analítica en una relación de objeto parcial. Si la excitación del niño pequeño corre el riesgo de desbordar la capacidad de contención del analista, este último va a encontrarse desconcertado de modo más disimulado por esa “mentalidad de latencia” en el analista –se trate ya sea de un niño que esté realmente en edad de estar en período de latencia o de un adulto que, evidentemente, se encuentre que lleva a un niño-en-latencia en el interior de su neurosis infantil.

En efecto, la preocupación más grande de la mentalidad de latencia es la de separar los afectos y las representaciones referentes a la sexualidad, con la ayuda de la represión y la escisión. El beneficio inmediato de este proceder es el mantenimiento de una imagen idealizada, no sexual y a menudo inclusive no sexuada, del mundo de los adultos. El beneficio secundario, mucho más sutil y escondido, es el mantenimiento, ante los ojos del analista, de la imagen de un niño que simula no interesarse en la sexualidad adulta con el fin de poder continuar a observarla sin verse desenmascarado.

El analista corre el riesgo entonces de sentirse fijado en su percepción y su pensamiento, duraderamente estúpido, avergonzado e impotente –en una palabra, castrado. En su contratransferencia, se ve atrapado en la trampa de lo *infantil*<sup>(20)</sup> que le es propio, en la circunstancia, en su propia mentalidad de latencia. No puede ya recurrir a su modo de funcionamiento imperante en la relación psicoanalítica, que apunta a establecer ligazones y a “comprender”. Se produce un *collapsus* entre la estructura y las cualidades de su espacio psíquico interno de adulto, organizado sólidamente en torno de la represión secundaria, y aquellas de lo *infantil*, de estructuración heteróclita.

Un análisis más profundo de su contratransferencia permitirá al analista descubrir que se encuentra más o menos en connivencia con el narcisismo omnipotente del analizando, con el fin de paralizar la escena primitiva y las emociones que la misma podría suscitar en la situación analítica. Demasiado feliz de la ocasión de deshacerse de su molesta sexualidad infantil, la propia omnipotencia narcisista del analista instala una inhibición de su pensamiento, como defensa contra la erotización de esta última.

Evidentemente, esto tiene consecuencias sobre el mantenimiento del marco y sobre las modalidades de la interpretación, en el análisis de los niños así como también en el

de los adultos. Tal connivencia narcisista transfero-contratransferencial se traduce, por ejemplo, en el desconocimiento, por parte del psicoanalista, de la expresión sexual del material en los juegos y los dibujos de los niños. Pero este desconocimiento puede llevarlo también, en un movimiento de contra-investimento, a proponer, tanto al niño como al adulto, pseudos-interpretaciones tautológicas concernientes al contenido representado –escena primitiva, masturbación, etc.– en lugar de interesarse en el afecto representante –vergüenza, venganza, terror, etc.–. De este modo, la excitación sexual del analista entrará en connivencia con la del paciente.

Si el paciente es un niño, este último corre un gran riesgo de desencadenarse para saquear los resultados de la terapia –a menos que se niegue, a partir de ese momento, a asistir a las sesiones. Si ese paciente es un adulto, podrá instalarse una atmósfera erotomaniaca difícil de hacer evolucionar hacia un funcionalismo auténticamente analítico. En todos estos casos, el analizando intentará por todos los medios atacar al “marco” de la cura: las ausencias o retrasos repetidos y los problemas de pago son los aspectos más patentes. Sin embargo, pueden observarse igualmente más insidiosas de esos ataques, especialmente bajo la forma de “pseudo-asociaciones”, de un discurso “vacío”, indicio del desarrollo silencioso de una transferencia negativa, a veces disfrazada por la expresión de una transferencia crudamente erótica.

### **Escucha analítica y proceso analítico**

A veces de modo más sutil, este tipo de contratransferencia puede hacer que el analista olvide que está dentro del orden psicoanalítico de las cosas que el niño, al igual que el adulto, anude su neurosis de transferencia alrededor de puntos de fijación que le ocasionan un problema y que requieren el automatismo y la repetición. En consecuencia, en ambos casos, pero aun más en el niño a causa de su apragmatismo genital, es natural que la función organizadora de las pulsiones genitales sea inhibida en el proceso de transferencia en el comienzo de la cura analítica.

Con respecto a la problemática relacionada con las pulsiones epistemofílicas, la misma aparece al frente en todas las configuraciones relacionadas con la “mentalidad de latencia”, tanto en el niño como en el adulto. Cada vez que se trate de una configuración de tipo traumática, nos veremos igualmente confrontados con una problemática transferencial que involucre al deseo y al peligro de conocer. Por otro lado, en el niño

pequeño durante el período del “¿por qué?”, el analista descubrirá el placer de acceder mucho más rápida y fácilmente a una comunicación con la realidad psíquica. Ello no es aplicable para el adulto, porque sus defensas son más antiguas y están mejor estructuradas, especialmente de un modo obsesivo de reificación de los fenómenos emocionales.

En todos los pacientes, las pulsiones epistemofílicas se expresan frecuentemente a través del desvío de las pulsiones sádicas y requieren ser transformadas por medio de la buena calidad de “continente”<sup>(21)</sup> de la escucha y del marco analítico. No obstante, una de las trampas de esta situación radica en la tentación, para el psicoanalista, de proponer interpretaciones transferenciales o “reconstructivas” haciendo referencia a contenidos sexuales o traumáticos de la historia del paciente. Pude observar que estos procedimientos, más explicativos que dinámicos y que imponen lo que he llamado una “causalidad corta”, refuerzan las defensas del analizando contra los movimientos transferenciales que tienden a repetir una situación emocional. Los riesgos de *acting out* y de somatización se vuelven a partir de ese momento amenazadores, tanto en el niño como en el adulto.

Acostumbrado a ser considerado solamente como un reflejo de las proyecciones infantiles que lo rodean, el niño percibe inmediatamente una escucha auténtica por parte del analista. Al analista que, al término de una primera sesión, preguntaba a una niña de once años si quería volver a verla, la niña respondió: “¡Ay sí! ¡Nadie antes me ha escuchado de esta manera!” Este reconocimiento, raro y precioso, de la realidad psíquica del niño por parte del adulto, favorece el establecimiento inmediato de una transferencia de base, cuyos elementos estarán organizados y podrán ser explorados de acuerdo con la dinámica propia del desarrollo de todo proceso analítico. Viene al caso recordar que el Dr. Meltzer<sup>(22)</sup> hace de la descripción del proceso analítico en el niño el prototipo del proceso psicoanalítico - en iguales condiciones, claro está, de frecuencia de sesiones, de atención y de actividad interpretativa por parte del analista.

### **La “escisión pasiva” impuesta a la realidad psíquica del niño y sus repercusiones en la organización psíquica del adulto**

Aparte de los problemas orgánicos masivos, especialmente los neurológicos, y el autismo primario, hay que señalar que la mayoría de los obstáculos que impiden un

buen establecimiento de la realidad psíquica en el niño están relacionados, por una parte, con los traumatismos y, por otra, con perturbaciones muy precoces y más o menos prolongadas del funcionamiento psíquico parental.

La organización psíquica del niño va a sufrir si él soportó pérdidas o separaciones precoces, repetidas o prolongadas, o si los padres estuvieron físicamente presentes pero ausentes psíquicamente, negando de modo consciente o inconsciente la existencia de cualidades psíquicas en el *infans* - y especialmente la madre, durante el primer año de vida. Su vida psíquica será sometida pasivamente a un clivaje que tendrá consecuencias diversas según la patología parental y según las potencialidades pulsionales del *infans*. En todos estos casos, esta escisión traerá consigo una culpabilidad inconsciente extremadamente importante: culpabilidad por poseer una vida psíquica, y hasta física, que le pertenece, en tanto esta le es negada por los padres internos, especialmente por su primer objeto: su madre interna.

Se podrán observar diversas patologías de los procesos de introyección. Los mismos podrán verse bloqueados por una defensa masiva, como en el caso de un autismo secundario, o efectuarse de manera anárquica como en la psicosis infantil, e inclusive suscitar estados de confusión por falta de adecuación de los clivajes activos. En otra configuración, el *infans* introyectará masivamente un estado depresivo materno, negado por ella misma y por su entorno inmediato. Ello lo llevará a poner todas sus capacidades psíquicas nacientes al servicio de un esfuerzo ininterrumpido y vano de reparación maníaca con respecto a un psiquismo que no le es propio. Dentro del mismo orden de ideas, puede ocurrir que solo intente dar un sentido a traumatismos precoces no reconocidos como tales por su entorno.

En todos estos casos, y en todas las edades de la vida, un paciente así se presentará al analista escondiéndole cuidadosamente lo esencial de su vida psíquica, que hasta el momento solo le ha ocasionado angustias que pueden llegar hasta el terror y la despersonalización. Los mecanismos esquizoides de clivaje excesivo y de identificación proyectiva patológica descritos por M. Klein<sup>(23)</sup> pasarán a tener un papel preponderante, a menos que la depresión melancólica se haya instalado insidiosamente, aun en el niño, escapándose por todos los medios al interés y a la solicitud del analista.

## Ejemplo clínico

Un niño de doce años, impúber fisiológicamente, es hospitalizado luego de un intento de suicidio: había tomado medicamentos en cuanto su madre se había ido a hacer mandados y, entrando en pánico inmediatamente por su acción, había ido a avisarle a su padre, que estaba en el jardín jugando con sus hermanos.

En consulta, a la cual lo llevaron los padres, el analista le pide que dibuje su familia; dibuja dos varones de estatura bastante similar, bien formados y detallados. “Son mis hermanos”, dice. En realidad, tienen quince y ocho años respectivamente. Traza luego un rostro, el cual tacha; luego la cabeza, el cuello, uno de los brazos de una niña. Interrumpe allí el dibujo de ese personaje y dice: “mi hermana”. En realidad, esta hermana tiene dieciocho años, es la mayor de los hermanos. Luego gira la hoja 180° y dibuja:

- a su padre, con un bonito sombrero, sosteniendo en una mano una hoz y en la otra un martillo;
- a su madre, sosteniendo un libro en una mano y una cartera en la otra. Viste un pantalón y zapatos de tacos a los cuales agrega meditas porque, explica, no logró dibujar la punta de los zapatos al nivel del suelo y, sin esto, ¡ella podría caerse! En la cintura de la madre hay atada una correa a la cual, entre el padre y la madre, aparece atado un bebé de orejas desmesuradas: “El bebé” dice, cuando el más joven de los niños de la familia es el hermano de ocho años.

Da entonces una coherencia al dibujo en el cual hay personajes de pie y de cabeza, porque se lo podría considerar como el equivalente de una racionalización: dibuja una línea sinusoidal que comienza bajo los pies del trío padre-madre-bebé, se curva para formar un pequeño hueco en el cual dibuja agua y un pequeño pescado redondo, todo esto atravesado por un puentecito. La línea continúa formando un segundo, y luego un tercer hueco “bajo” la cabeza de los hermanos, que de este modo parecen haber caído del cielo. Rubrica todo dibujando un cartel en el cual se lee: “Cuidado, lluvia de marcianos”.

El primer dibujo de este niño inteligente, cuya estructura no psicótica es confirmada luego, expresa el drama interior que lo condujo a querer suprimirse— siendo la motivación consciente una mala nota escolar, sin consecuencia para su futuro, y por la cual sabía que sus padres no lo iban a reprender exageradamente.

¿En dónde está él entonces en este dibujo? Suprimido, precisamente, en su calidad de persona, en su calidad de sujeto consciente de su identidad. Sin embargo, si no existe como un varón de doce años, tomando su lugar entre los hermanos, no está por ello ausente en el dibujo. Es el rostro tachado, sin ojos ni orejas, ni voz, ni nariz, ni cuerpo, ni sexo; es el bebé que escucha todo lo que se dice entre papá y mamá, mientras que está atado a su madre como perrito amante y fiel. Esta madre posee muchos atributos – pantalones de hombre y una cartera de mujer, un bebé-perrito y un libro, todos los atributos de la bisexualidad, del saber y la creatividad, por así decirlo– parece tener ella misma dificultades para tener los pies sobre la tierra: afortunadamente, su hijo el humorista le propone usar meditas... ¿para ir más rápido o para que se rompa la cara? ¡El analista tendrá interés en tener esta pregunta en mente para la continuación de la terapia! En cuanto al padre, es aparentemente viril, bastante monolítico, menos ambiguo a la vez que es menos sutil: construye con una mano y castra con la otra, apoyándose sobre una mentalidad de grupo<sup>(24)</sup> que mostró su capacidad en la eficacia de la intoxicación psicológica, la delación y la represión ideológica. El analista deberá ser muy prudente en sus proposiciones de interpretación. Con esta apertura sobre *el socius*, puede verse aquí igualmente un ejemplo de mi hipótesis sobre la cualidad de objeto total con el cual estaría investido el padre desde un primer momento, lo cual sería ante todo una garantía de la realidad exterior. La madre, contrariamente, conserva, junto a su cualidad de objeto total, varios atributos de lo que yo calificaría como “hermafroditismo” –por oposición a la constitución de una bisexualidad psíquica<sup>(25)</sup> testigo de una identidad sexual bien interiorizada. Puede leerse la perennidad de las relaciones de objeto parcial que ligan aún a ese niño con su madre. Además, fue su breve ausencia la que causó el *raptus* ansioso y suicida del niño.

Si continuamos nuestra investigación sobre la presencia del dibujante en el dibujo, podemos encontrarlo nuevamente en el pececito *in útero*, identificado con el hermanito al cual los ocho años de nacimiento no le han hecho olvidar el dolor ligado a su nacimiento... Lo encontramos igualmente, identificado proyectivamente con hermanos bien constituidos, que van a “caer de las nubes” al enterarse de su acto trágico. Esos marcianos harán agujeros enormes a la Tierra Madre, sin verse para nada perjudicados, ilustrando así una negación maníaca de las angustias de castración del dibujante.

Finalmente, el niño es el autor del dibujo, que pone en manos de su padre emblemas muy alejados de su posición política, profesional o social y desea visiblemente que su

madre, demasiado completa y por lo tanto sin deseo por él, caiga finalmente de su pedestal: ¿quién se arriesgaría a patinar con tacos altos?... La acusa de preferir llevar en la mano el libro que a su bebé y muestra como el mundo de los niños posee coordenadas exactamente inversas a las del mundo de los adultos.

Sin embargo, va a tropezar con un problema crucial, que su humor sarcástico no puede hacer avanzar: el de la diferencia de sexos. En efecto, no solo la madre lleva pantalones, sino que además la hermana no aparece representada de los hombros para abajo, y su único brazo exhibe un bíceps de levantador de pesas! Enfrentado al impulso pubertario de las pulsiones genitales, el niño de doce años no puede elaborar las angustias de castración por parte del padre a las cuales éste aparece generalmente ligado. Parece pensar que sus hermanos lo logran, ellos que pueden jugar con el padre cuando se va la madre. Con respecto a sí mismo, no lo logra: regresa alarmantemente a un “mundo del revés” y, amenazado con ser “desatado” de la madre por la pubertad, no encuentra otra salida más que morir de amor por ella.

### **La transferencia de los padres en la contratransferencia del psicoanalista**

Se puede describir a la cura analítica de los pacientes adultos como una situación *de dos generaciones*: el analizando, y el analista como apoyo y continente de los objetos internos de éste, esencialmente de sus primeros objetos parentales de investimento. El tratamiento analítico del niño comporta *tres generaciones*: el paciente, sus padres de los que depende en más de un sentido, pero sobre todo afectivamente, y el analista, que se convertirá no solamente en el soporte y el continente de los objetos internos del niño sino inclusive, de manera más o menos crítica, de los objetos internos de cada uno de los padres.

Creo que en todas las circunstancias, y aun cuando el niño vive en una institución en la cual no ve a sus padres biológicos durante muchos años, e inclusive desde su nacimiento, el psicoanalista de niños deberá establecer relaciones directas *con ambos padres* del paciente y aceptar plenamente la transferencia que los padres efectúan sobre él.

Por parte del analista, las relaciones con los padres requieren una atención muy particular: debe poder descubrir tanto la angustia y la culpabilidad como la herida narcisista de aquellos que se ven llevados a pedir ayuda para sus hijos, reconociendo de

ese modo sus limitaciones, su sufrimiento por ser un fracaso como padres, aunque lo expresen en términos acusadores y proyectivos, especialmente con respecto al niño en cuestión.

Sean cuales sean las edades respectivas de unos y de otros, el analista de niños es, para todos los padres, una figura parental, sobre la cual ellos van a proyectar entonces su propio superyo. Cuanto más severo sea este último, más ambivalentes serán ellos. Corresponderá al analista el lograr quitarles la culpabilidad, especialmente explicando claramente lo que espera a cada uno de ellos en una alianza terapéutica que tendrá de este modo, con respecto a la establecida en las curas de adultos, esa particularidad de desarrollarse “de a muchos”.

El analista de niños no será creíble sino en la medida en que los padres puedan percibir en él una capacidad verdadera de identificación con su aflicción y angustia. En el analista, esta capacidad está ligada a una gran modestia con respecto a los sufrimientos inherentes al desarrollo de todo ser humano.

“Padre de padres” al tiempo que es depositario de los objetos internos suscitados por sus personalidades en el paciente-niño del que se ocupa, el analista de niños deberá tener un discernimiento muy preciso en cuanto al *espacio psíquico* en el que va a moverse. Recibirá a la transferencia de los padres como una donación de valor, una prenda de la confianza excepcional que le tienen al dejarle intervenir en lo más precioso e íntimo del niño –su vida psíquica–, y tal vez sobre todo si esta vida psíquica es para ellos un enigma, negada en su hijo como en ellos mismos.

La trampa contratransferencial para el analista se constituye en el hecho de que la representación interna que él se hace de los padres de su paciente en el interior de la relación transfero-contratransferencial se ve redoblada por la percepción externa de los padres reales del mismo y por la relación personal que tiene con ellos. En realidad, si su interés por la vida psíquica es lo que motiva su ejercicio profesional, “el exterior de la relación” no interferirá en su actividad analítica con el niño. Inclusive cuando trabaje en una institución, el analista guarda siempre los medios *internos* para recuperar sus capacidades de pensamiento, gracias a la introyección de su experiencia analítica personal. Existe además un medio infalible para reconocer a los “bloqueos” de la contratransferencia en el análisis de niños: cada vez que el analista se siente interiormente en conflicto con la representación de uno de los allegados al niño, existe

la seguridad casi total de que se trata de un conflicto intrapsíquico en su contratransferencia, reflejando probablemente un conflicto entre sus propias imágenes de los padres y lo *infantil* que le es propio.

## **Conclusión**

En el difícil arte del ejercicio del psicoanálisis, considero que una experiencia en profundidad de la práctica analítica con los niños mantiene, en el analista, el nivel de exigencia necesario para realizar su trabajo cotidiano con pacientes de todas las edades, especialmente en lo que se refiere a la necesidad de un análisis permanente de su contratransferencia. Ello le permite igualmente proseguir con su proceso de buscador en el campo de investigaciones infinito abierto por Freud. Midiéndose cotidianamente con los modos arcaicos de la relación de objeto –relación de objeto parcial– así como también con los mecanismos subyacentes a los de la represión –escisión, negación, idealización e identificación proyectiva– el practicante del psicoanálisis afina su representación de la complejidad de estructura y funcionamiento del aparato psíquico con el cual trabaja, vive, y hace vivir sus propias relaciones y objetos internos.

## **Resumen**

La autora propone sus hipótesis en cuanto a la constitución de los objetos maternos –parciales– y del objeto paterno –total desde un primer momento– y desarrolla las consecuencias de esas hipótesis en la formación de la transferencia en el adulto.

Describe las características del impacto de lo *infantil* del psicoanalista sobre su escucha y sobre el desarrollo del proceso psicoanalítico, así como las consecuencias, en el paciente adulto, de los “clivajes pasivos” que ha sufrido en la infancia.

Finalmente, analiza el efecto de la transferencia de los padres sobre la contratransferencia del analista de niños y subraya la importancia de la práctica del análisis con niños para el ejercicio del psicoanálisis con adultos.

## Summary

The author proposes her hypothesis with reference to the constitution of the maternal objects –partial objects– and of the paternal object –complete from the beginning– and explains the consequences those hypothesis have in the building up of adult transference.

She describes the characteristics of the shock the psychoanalyst's infantile aspects have on his listening and on the development of the psychoanalytic process, and the consequences on the adult patient of the “passive splittings” he has suffered in his childhood.

Finally, she analyzes the effect the parents' transference has on the child analyst's countertransference, and underlines the importance of the practice of child analysis in order to practise adult psychoanalysis.

Traducción del francés: Juan Manuel Pedreira.

Traducción al inglés: María Bordaberry de Viana.

## Bibliografía

1. FREUD A. 1927 *Le traitement psychanalytique des enfants*, P.U.F Paris 1951.
2. FREUD A. 1965 *Le normal et le pathologique chez l'enfant*, Gallimard Paris 1968.
3. FREUD S. 1905 *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, Gallimard Paris 1962.
4. FREUD S. 1924 *La disparition du Complexe d'Œdipe*, O.C.F XVII P.U.F. Paris 1982.
5. FREUD A. 1936 *Le moi et les mécanismes de défense*, P.U.F. Paris 1952.
6. AULAGNIER P. 1981 *La violence de l'interprétation. Du pictogramme à l'énoncé*, P.U.F. Coll “Le fil rouge” Paris 2e éd.
7. BION W.R. 1965 *Transformations*, P.U.F Paris, 1982.

8. BÉGOIN GUIGNARD F. 1987 À l'aube du maternel et du féminin. Essai sur deux concepts aussi évidents qu'inconcevables. *Rev. Franç. Psychanal.*, LI p. 1491-1503, P.U.F. Paris.
9. BION W.R. 1970 *L'attention et l'interprétation*, Payot Paris 1974.
10. KLEIN M. 1932 Le développement psycho-sexuel du garçon et de la fille, *La Psychanalyse des Enfants*, Paris, PUF 1959.
11. KLEIN M. 1928, Les stades précoces du conflit œdipien. In: *Essais de psychanalyse*, Paris, Payot, 1967.
12. WINNICOTT D.W. 1971 *Jeu et Réalité. L'espace potentiel*, Gallimard Paris 1975.
13. DIATKINE R, SIMÓN J. 1972 *La psychanalyse précoce*, P.U.F. Paris.
14. BRAUNSCHWEIG D., FAIN M. 1975 *La nuit, le jour*. Essai psychanalytique sur le fonctionnement mental, P.U.F. Paris.
15. KLEIN M. 1934 Contribution à l'étude de la psychogenèse des états maniaco-dépressifs, *Essais de Psychanalyse*, Paris, Payot 1967.
16. GUIGNARD F. 1997 Le Moi et l'objet dans tous leurs états, *Épître à l'objet*, P.U.F. Coll. "Épîtres" Paris p. 33-45.
17. GUIGNARD F. 1997 Pulsions sadiques et pulsions épistémophiliques, *Épître à l'objet*, P.U.F. Coll. "Épîtres" Paris p. 75-86.
18. GUIGNARD F 1996 Éprouvé d'amour, déni d'amour, *Rev. Franç. Psychanal.* LX 3 P.U.F. Paris.
19. GUIGNARD F. 1999 Maternel ou féminin? Le "roc d'origine" comme gardien du tabou de l'inceste avec la mère, *Clés pour le féminin*, Coll. Débats de psychanalyse P.U.F. Paris.
20. GUIGNARD F. 1996 L'Infantile dans la relation analytique, *Au vif de l'Infantile*, p. 11-31 Delachaux & Niestlé, coll. "Champs psychanalytiques" Lausanne & Paris.
21. BION W.R. 1962 Une théorie de la pensée, *Rev. Franç. Psychanal.* XXVIII 1, P.U.F. Paris 1964.
22. MELTZER D. 1967 *El proceso psicoanalítico*, Paris, Payot 1971.